

Poesía

Yo te culpo a ti, poesía,
de fabricar mundos imposibles,
de alimentar mi alma con sueños,
de dibujar en mi vida quimeras,
de llenar mis pulmones de luz
y vaciar mi mente de sombras.

Yo te debo a ti, poesía,
tantas noches de insomnio,
perdido entre tus versos,
y tantos amaneceres desnudos,
embelesado con tus cantos de sirena
mientras busco consuelo en tus palabras.

Yo reniego de ti, poesía.
Reniego de tus mentiras
 de tus aullidos
 de tus abrazos.
Reniego de tus sinrazones
 y de tu belleza.

Yo te pido a ti, poesía,
razones para seguir culpándote de todo
(entre sueños, quimeras, luces y sombras),
motivos para seguir debiéndote tanto
(desvelos nocturnos, consuelos diurnos),
excusas para seguir renegando sin ganas
de los silencios rotos en tu boca.

Yo te ruego a ti, poesía,
que sigas acariciando mis entrañas con tus dedos.

Tormenta de dudas

Refulgen las dudas, encienden la noche,
se enredan tras la coraza invisible del miedo.
Golpean mi pecho, emiten sonidos
sibilinos, taciturnos, desesperadamente frenéticos.

Una extraña sensación de descontrol absoluto
aprisiona mis sentidos, me atenaza suavemente
y me desconcierta a cada paso, en todos y cada uno
de los suspiros que se precipitan
[desbocados hacia el vacío.

Bajo esta dubitativa tempestad me hallo,
sin refugio, ni tregua, ni certeza a la vista.
Arrecia un aguacero que ya me da cobijo,
que ya enraíza en mí, habitándome y desarmándome.

Y si no ha escampado aún, que ya no escampe jamás.
Que atruene y diluvie sin piedad alguna.
Que no encuentre el sosiego, si no es en tu vientre.
Que no halle la paz, si no es ante tu presencia.
Que no me venza el letargo sin haber bebido de tu cuerpo.

Que no haya mayor certeza que la incertidumbre
que me provoca soñar, tan despierto y tan vivo,
con el recuerdo de aquella noche que aún no ha llegado.

Balada desvelada

Esta noche me he despertado a tu lado,
con las cuencas de los ojos vacías,
y he sentido la afilada blancura de mis huesos.
Un escalofrío espectral me ha invadido
[desde los pies hasta el cráneo,
desnudo ya de luz y esperanza.
Esta madrugada me ha abrazado un silencio eterno
y he notado que mi carne ya no es carne,
que las agujas del reloj se detuvieron para siempre
y que mi cama es un lecho de arcilla envejecida.
A una hora concreta,
en un momento concreto,
en una idílica noche como esta,
he visto tu nítida figura
de dama gris e impúdica
acercarse, sin guadaña ni vestido negro,
pero con una solemne presencia y una mirada invisible.
Y me has brindado tu mano.
Y me has sacado a bailar.
Y me has encerrado en la cueva del tiempo.
No he derramado una gota de sangre
ni has atravesado la armadura muscular y venosa
que ya no me arropa,
pero has llegado hasta el fondo de mi osamenta.
Como una brisa helada has entrado en mí,
colándote por los oscuros recovecos de mis entrañas,
y me has tumbado y amortajado y extinguido.
Pero cuando el alba ha irrumpido como un huracán
[en mi estancia
te he mirado y ya no te he visto.
Y, sin embargo, me he despertado a tu lado.

Noches sin días

Ya no tienen las noches
días que llevarse a la boca.
Naufragan huérfanas de todo.
Sedientas de vida,
perdidas en la inmensidad de la nada.
Desnudas. Heladas. Muertas.

Ya no tienen los días
atardeceres dorados y preñados de juventud.
El tiempo les ha robado frescura,
ha marchitado su inocencia
y les ha devuelto al punto de partida.
A la misma hondonada donde aparecen y desaparecen.

Ya no tienen las madrugadas
esas sonrisas perdidas en el vacío,
esos llantos ahogados en el crepúsculo,
esas miradas que buscan miradas,
esos silencios que encuentran silencios.
Sus ecos no trasnochan ni madrugan tan tarde.

Ya no tienen las tardes ímpetu ni algarabía.
Bostezan. Dormitan. Reposan.
Huelen a calma. Se entretienen con el reloj.
Han perdido su rumbo.
Saben que es tarde para las tardes eternas.
Saben que es pronto para las noches sin días.

Ya no tienen, ni suenan, ni están.
Son recuerdos.
El tiempo se ha llevado todo.
Un silencioso viento,

una huracanada brisa,
devuelve la nada a la nada.
Sin prisas. Sin pausas.
Consciente y segura de su victoria.

Ya no huelen, ni se sienten, ni son.
Se han evaporado poco a poco.
Y lentamente y con paso firme
seguirán su camino
y dormirán un profundo y eterno sueño.
Sin más días que sus propias noches.
Sin menos noches que sus pocos días.